



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

HABITACIÓN

por **MARINA ROVNER**

Habitación

Tenía como costumbre convivir con ruidos en la cabeza. Generosas sus sienas albergaban chillidos feroces, allí clavados. Sabía que eran cuchillos. Cortes, sangre. Infectado su cerebro olía a hierro oxidado. Le retumbaban sus pensamientos. Se acumulaban. Conseguía desintegrarlos cuando la mente le explotaba y lograba prenderles fuego. Había veces que le costaba salivar porque se atragantaba con los coágulos que le colgaban desde el cerebelo.

Sus mejores amigos, o más bien compañeros de vida, eran las tareas sin resolver. Las urgencias del día se adherían sobre otras históricas y con cada situación problemática las neuronas se entregaban para ser exprimidas hasta la asfixia.

Era importante mantenerse alerta durante la noche por si sobrevenía alguna pesadilla. Con la musculatura contraída y aplastado sobre el colchón roto absorbía el aire con dificultad a través de sus anchas fosas nasales. Le generaba desconfianza el ruido del roce del aire en los pelos de su nariz, los escuchaba como si fueran producidos por un animal salvaje que en algún momento de descuido le hincaría los colmillos.

Le pareció escuchar un crujir. En posición supina y sin moverse entreabrió sus párpados. Con los maxilares duros le costaba girar el cuello hacia los costados. Era un fastidio. No se iba a mover, no lo iban a lograr. Involuntariamente continuó agudizando la audición. Segregaba transpiración cuando algo lo alteraba. El sonido apretaba. Podía percibirlo mejor fijando la pupila del ojo derecho sobre el hilo de luz que se reflejaba en el espejo del baño.

La estructura del edificio era vieja. Pudo identificar el sonido del agua hirviendo que circulaba dentro de las cañerías perforadas. Se estaba pudriendo la pared. En cualquier momento se iba a descascarar y el torrente de agua lo cubriría quemándolo vivo. Despellejado no podría moverse. El rugir ahogado de las tuberías le humedecía los tímpanos o tal vez era su sudor. Fuera lo que fuere no aceptaría mover más que su músculo ocular.

Perspícaz, visualizó cómo la pintura verde de la pared iba tornasolándose hacia un tono violáceo. En algunos sectores la mezcla se realizaba a tal velocidad que no llegaba a tiempo para identificar formas. La vibración de los cimientos lo hacía temblar. Le imponían un movimiento y eso realmente le molestaba. No era lo que había elegido, lo estaban invadiendo. En una pelea sorda, tensó toda su musculatura hasta sentir dolor.

Cuando se dio cuenta de que los colores comenzaban a adquirir formas el proceso ya no tuvo vuelta atrás. No iba a impedirlo. El sobre relieve de las paredes gestó figuras que adquirieron volumen propio. Eran caras alargadas con bocas desproporcionadamente grandes. Murmuraban y rodando por el espacio comenzaron a deambular como zombis. Él sabía que no eran zombis.

Entendiendo ser la presa, cerró los ojos. Silencio pasmoso. Ya no sentía ni su respiración. Aún cuando lo instaron a declarar, él no articuló palabra.